
CAPITULO VII.

UN SALTO EN LAS TINIEBLAS.

Hemos dicho muchas veces que los caracteres capitales de la política de Bonaparte, eran como los caracteres de su complexion moral, eran la incertidumbre y la duda. Conociendo las dificultades de la guerra para afianzar su dinastía, se inclinaba á la libertad. Pero hasta en el camino de la libertad, único abierto á sus ojos, entraba con paso vacilante, atormentada el alma por la falta de fé, incierto por los temores de que le faltase tierra bajo las plantas. Habia entre los imperialistas uno de grande influjo en la corte y singularísimo por la naturaleza de su inteligencia y de su carácter; el duque de Persigny. En su ambicion pretendia ser el teorizante, el filósofo, el Aristóteles, el Montequieu del Imperio. Pero sus antecedentes no respondian á sus ambiciones. Conspirador perpétuo en la desgracia; compañero del calavera de Estrasburgo; uno de los que en Boulogne llevaban el águila domesticada y se proponian ganar los corazones para el Emperador, arrojando, como en vulgar bautizo, áureas monedas á las muchedumbres; minis-

tro del Imperio triunfante, pero ministro contemplativo y sin accion; senador gárrulo que se espaciaba en teorías inverosímiles sobre las combinaciones de la autoridad imperial con los derechos modernos; el Sr. Persigny, segun el nombre que le habia dado el Imperio, el Sr. Fialin, segun el nombre que le habian dado sus padres, cayó en el error de aconsejar á Bonaparte la alianza de su dinastía de tiranos con las tempestades de la libertad. Su manía, cuando la cámara estaba cerrada, era escribir cartas á roso y belloso, exponiendo con grandes amplificaciones las teorías liberales y cesaristas, propagando la mezcla informe de despotismo y democracia que le tenia como sorbido y trastornado el cerebro. Mas era un espectáculo original y extravagante, capaz de provocar náuseas á los más fuertes de estómago y más encallecidos de conciencia, el ver en los que siempre habian maldecido el parlamento, blasfemado de las públicas libertades, puesto en ridículo así la inviolabilidad de los reyes como la responsabilidad de los ministros, buscar amparo y

refugio contra las próximas amenazadoras tormentas en una especie de monarquía constitucional, híbrido, torpe y estéril engendro de la debilidad y del miedo enlazados en repugnante connubio. Pero sus cartas contenían declaraciones alarmantes. «El mal es profundo, exclamaba dirigiéndose á Ollivier, y viene de los hombres antes que de las instituciones.» Francia caía en la licencia sin gustar la libertad; y el Emperador se reservaba la responsabilidad cuando erraba, sin tener la gloria cuando acertaba. Sin embargo, aconsejaba al Emperador en otra carta «la perseverancia en las vías liberales, llamando en torno suyo una generación jóven, fuerte, inteligente, y sobre todo convencida.» Pero, —¿dónde iba á encontrar esa generación?—El convencimiento general era que el Imperio debía caer y dejar libre y abierto y franco paso á la República.

Emilio Ollivier y el duque de Persigny se reunían en una comun pasión, en el odio á Mr. Rohuer, á quien aquel había llamado el Vice-Emperador, con ánimo resuelto de asesinarlo moralmente en la Cámara, perdiéndolo así en la privanza del César y en las camarillas de las Tullerías. Era Mr. Rohuer un orador disertado, de voz clara y palabra fácil, que había recogido la autoridad de Napoleón, como el satélite recoge la luz, y la había en tales términos concentrado sobre sí propio, que brillaba como un sol. Bien es verdad que su elocuencia galana y fluida ganaba por el pedestal, por la tribuna donde la emitía y por el coro de aquellos innumerables diputados, que la sustentaban con sus aplausos y casi la repetían con toda clase de ecos en sus fuertes gritos. De grandes ambiciones y de estrechos horizontes; con muchos medios y con pocas ideas; resuelto á la acción, pero ignorando ya qué hacer en aquella crisis, ni qué intentar en aquellos supremos instantes; contentábase con la política imposible de conservar la dictadura cesarista en sus antiguas condiciones, sin comprender cuán falta estaba de

prestigio propio, y cuán perdida en el ánimo y en el concepto de los pueblos. Representante de la idea imperial, toda la atención pública se fijaba con verdadero interés en su persona. Cuando los extranjeros alabábamos la fluidez de su palabra, decían los parisenses que es tábamos incapacitados de juzgarla, si no distinguíamos su acento de auvergnat, como si dijéramos, de gallego. Uno de estos ligeros franceses, tan gárrulos como graciosos, me decía, que así como la Farguëll, grande actriz, no podía entrar en el teatro nacional, en el teatro francés, por algunas faltas de pronunciación, casi imperceptibles á los oídos más finos, el primer ministro no debía haber entrado en el gobierno, ni mucho ménos en la Cámara francesa por su maldito acento. Hijo de un procurador, yerno de un notario, abogado de provincia, representante en la Asamblea Constituyente y en la Asamblea legislativa, con ánimo de obtener cierto renombre que explotar en el foro; uno de esos que elevan la abogacía á oficio y sostienen con igual serenidad el pró y el contra; brillando más que en ninguna otra parte de sus tareas en los asuntos criminales; encontró Rohuer al cabo el cumplimiento de su interior vocación, alcanzando la defensa estipendiada, diaria, continua, incesante del mayor crimen y del mayor criminal, que registra la historia contemporánea, del Imperio y de Napoleón. Ministro de la Justicia en la noche de las grandes injusticias, en la noche del 2 de Diciembre; escapado del ministerio por no sancionar la confiscación de los bienes de la familia de Orleans y luego adscrito á cumplir esta confiscación desde el Consejo de Estado; economista de hondas convicciones, y como la mayor parte de los economistas, indiferente á las formas y á las ideas políticas; grande opresor de la conciencia, del pensamiento, de la actividad intelectual, de esa prensa que ha vertido mares de ideas y de esa tribuna en que han relampagueado las tempestades del espíritu, curábase mucho, muchísimo, de liber-

tar las balas de algodón, las telas de percal, los productos materiales de esa otra actividad inferior, útil, necesaria, indispensable, pero que recibe su impulso del pensamiento como la locomotora del vapor, y no puede moverse con regularidad y ejercitarse con fruto sino donde el pensamiento es completamente libre. Avaro vulgar, consiguió Rohuer con el Imperio puestos diplomáticos, canongías en el Senado, carteras á granel, condecoraciones sin número, una magnífica quinta hácia el Este de París, y una deliciosa casita en la avenida de los Campos Elíseos, donde se congregaba la corte de parásitos anhelosa para recibir, aunque fuera en su refracción sobre un satélite, la luz y el calor del César. Alto, fornido, de cabeza redonda y fuerte, de cabellos negros que se le caían ya entonces como la fortuna y el favor, peinado con alguna vulgar coquetería, y cuidadoso de rizos lacios á los sesenta años, que debieron ser lucientes y hasta bellos en la juventud; pardos los ojos y vivos, grande la nariz, grande la boca, anchas las espaldas, velludas y descomunales las manos, vulgar la fisonomía, en aquel cuerpo de aguador se encerraba un alma de intrigante y una palabra en que la ausencia de ideas se sustituía con la corrección severa del lenguaje y la rotunda sonoridad del período. Pero Rohuer, que fuera el ministro de las circunstancias difíciles, de las épocas embarazosas, de los saltos mortales, había perdido toda fecundidad de pensamiento al mediar 1869, y se encontraba con que su habilidad vulgar no servía á la urgencia en que estaba el Imperio de emprender algo, si no grande, si no extraordinario, interesante, que pudiera alimentar la inquieta atención de Francia, ansiosa de emociones y cansada ya de su larguísimo reposo. Y un hombre agotado no servía al Emperador, que ideara la campaña de Crimea, la guerra de Italia, la calaverada de Méjico, la intriga anterior á Sadowa, la anexión de Saboya y Niza, la infamia de Mentana, más como un artista nece-

sitado de divertir á un público en provecho de su nombre ó de su bolsa que como un político ansioso de regir y de engrandecer á un gran pueblo. Eugenio Rohuer no podía entretener la curiosidad pública; no podía divertir á Francia. Era necesario buscar otro comediante, y se fijó Luis Napoleón al cabo en Emilio Ollivier.

Pero; cuántas vacilaciones, cuántos rodeos, qué cúmulo de dudas, qué perplejidad é incertidumbre antes de llegar á un resultado práctico y de tomar una resolución definitiva y suprema! Todo el mundo hablaba en aquella primavera del paso de este Imperio autoritario á Imperio liberal; y el príncipe Napoleón, el más poderoso y el más inteligente defensor de esta inevitable transformación, se declaraba vencido y desesperanzado en los continuos consejos de sus inquietos amigos. Y en efecto, Gerónimo David, hijo del célebre pintor de la República, célebre en el mundo político por su vehemente afecto á la reacción y por su implacable odio á los reformistas; grande esgrimidor del cuchillo de madera con que los eunucos de la política imperial ahogaban la voz de los oradores de oposición, acababa de ser nombrado gran oficial de la Legión de Honor y vice-presidente del Cuerpo Legislativo, como para indicar el valimiento de su persona y el crédito de sus ideas en las altas regiones del Imperio. Mr. Schneider, que estaba por las reformas, se retiró de la presidencia del Cuerpo Legislativo, en cuanto vió esta demostración de la política imperial, y sólo quiso ocuparla después que el Emperador le invitó con algunas frases vulgares, con algunos lugares comunes sobre la estrecha alianza que tenía empeño en reanudar y sostener entre la libertad de los franceses y su omnimoda omnipotente autoridad.

El Cuerpo Legislativo se abrió en el mes de Junio exclusivamente para el examen y discusión de las actas. Pero la mayoría estaba decidida á sostener á todos sus amigos, y la discusión sobre este grave punto apareció

más apasionada que fecunda. Los abusos en materia electoral son tantos, y la longanimidad de las Asambleas tan grande, que muchos publicistas han propuesto arrancarles el exámen de sus actas y enviarlas á un Tribunal inamovible. En vano pidió Pelletan el exámen profundo de los escrutinios; en vano Picard la lista exacta de los dones ofrecidos y de las promesas hechas á los Ayuntamientos; en vano demostró Simon que en los Pirineos orientales se habian vertido contra los electores demócratas las más escandalosas amenazas y sobre los electores imperialistas los beneficios á manos llenas y el vino á torrentes; la Cámara se tragaba las mayores violencias y admitía á legislar los diputados elegidos más por las maquinaciones de la administracion que por la voluntad de los electores, tomando á risa, y como cosa baladí, de poco precio, la tiranía de los alcaldes de monterilla; las gerundiadas de los curas y sus sermones políticos endilgados en plena misa mayor á los fieles contra los candidatos de oposicion; los agentes del gobierno, sueltos por todos los distritos y amenazando con la deportacion á los electores; los prefectos con los labios llenos de promesas y las manos de subvenciones; los Macallisters del escrutinio que sacaban con sonrisa de juglar y manipulaciones de prestidigitador desde el fondo de una urna, cubilete de trampas, caja de sorpresas, y receptáculo de juegos de manos, ¡ah! nombres distintos á los que habian depositado los electores, soberanos maniatados, con el *Inri* en la frente, con la corona del sufragio universal en las leyes, pero sin medios de practicar su soberanía y de ejercer sus derechos.

Julio Ferry habia demostrado que la mayor parte de las elecciones, clasificadas como incontestables, podian y debian ser contestadas. Bancel demostró que se calumniaba á los diputados de oposicion hasta el punto de atribuirle á él un brindis á favor de los ejércitos de Rusia cuando estaban en guerra con los

ejércitos de Francia. Julio Simon tuvo que protestar contra palabras que se habian inventado como dichas por él contra los trabajadores de Reims. Y un diputado de la derecha aseguró que la oposicion habia llevado de nuevo el 2 de Diciembre ante los electores, y los electores lo habian sostenido y adoptado como obra de la voluntad nacional. Entonces Pelletan gritó: «el 2 de Diciembre es un crimen, y ninguna conciencia honrada puede, no ya absolverlo, pero ni siquiera excusarlo.»

Por fin, á mediados de Julio, se acabaron las discusiones de actas, y se constituyó definitivamente la Cámara. Los diputados reformistas se agitaron mucho en este período, y consiguieron divertir la atencion de todo objeto que no fuera la reforma liberal del Imperio. Una comision habia sido nombrada para emprender la campaña en favor de la reconciliacion entre la libertad y el Emperador; y una interpelacion anunciada para pedir lo imposible, es decir, que sin acabarse el régimen cesarista se iniciara una política de reforma parlamentaria y de responsabilidad ministerial. En efecto, era de ver y de admirar el espectáculo de un primer ministro importantísimo como Mr. Rohuer, que dirigia todos los departamentos, que impulsaba toda la política, que tenia hasta una cifra misteriosa para entenderse con los embajadores; que llevaba sobre sus hombros el peso del imperio y en su palabra el verbo del poder, empuñado en discusiones, de las cuales se hallaba como ausente, puesto que la responsabilidad verdadera y legal era del Emperador, de quien aparecia puramente como un secretario y como un defensor á sueldo; hombre de estado á los ojos de sus admiradores y hombre de expedientes á los ojos de la crítica; perdido en el dédalo de dificultades, tanto más temibles cuanto que eran puramente morales, como quien combate con su conciencia y sus remordimientos. Así es que acabar con el poder de ese primer ministro era todo el

empeño de la oposicion imperialista. El día 19 de Julio, despues de largos consejos en las Tullerías, de muchas intrigas en el Parlamento, de reuniones continuas entre los reformistas, de cabildeos en el palacio Real, donde el príncipe Napoleon dirigia las oposiciones, subió á la tribuna en medio de la Cámara suspensa y henchida de público Mr. Rohuer, para anunciar que el Emperador proponia un senado-consulta, ampliando los derechos del Parlamento, su intervencion en los presupuestos, su facultad legislativa, su jurisdiccion sobre el propio gobierno y sobre la reforma de los reglamentos. Con este motivo la Cámara baja era suspensa, y la Cámara alta reunida para el mes de Agosto. El golpe estaba dado, el comienzo de la transicion estaba hecho, la política personal perdida, y con la política personal perdía tambien el Imperio su carácter y su base.

El poder cesarista se iba pues y Mr. Rohuer se iba tambien con el poder cesarista. Un nuevo ministerio se nombró, ministerio insignificante, provisional, encargado de la transicion desde uno á otro período de la política. El Emperador daba, como decia cierto publicista inglés, un salto en las tinieblas. La política personal, arbitraria, tiránica le habia dado la enervacion, la debilidad de Francia; pero no sabia á ciencia cierta lo que podia darle en aquel trance la política de libertad. Querer conservar la idea madre del Imperio, lo que el gran Napoleon reivindicaba siempre como el alma de sus instituciones, la política personal, la iniciativa suprema, la responsabilidad exclusiva, la direccion única, y rodear todo esto de aquellas instituciones parlamentarias que reducen el jefe del Estado á figura decorativa, de puro adorno, como un nombre, como un lema, francamente era utopia preñada, como todos los errores, de graves é irreparables males. Napoleon el Grande no hubiera hecho jamás esto. Lleno de fé en su génio, creyéndose el sol, en cuyo torno gravitaban todos los elementos de la

política, hubiera preferido enterrarse en su sepulcro de pórvido á disminuirse y aminorarse á los ojos de su pueblo. El salvador de la sociedad, el César cuasi-divino, el que tenia bajo su corona el pensamiento de su siglo y en su voluntad la voluntad de Francia; génio llamado por la Providencia á levantar una sociedad en ruinas, descendía al nivel de esos reyes constitucionales, á quienes su tío llamara cebones, que cazan, bailan, se divierten, reciben sus cortesanos, comen á dos carrillos, duermen descansados, andan de sitio real en sitio real por el invierno, y de pueblo de baños en pueblo de baños por el verano, dejando á una Asamblea y á un ministerio la responsabilidad del gobierno.

El Emperador habia perdido el don de las sorpresas, que tuviera algun tiempo, y como carecia de la iniciativa y de la gloria de los Césares omnipotentes, se refugiaba en la cómoda irresponsabilidad de los reyes constitucionales. Pero esta irresponsabilidad sujeta en la práctica á grandes quiebras, no es políticamente efectiva, sino allí donde es moralmente cierta. Un periódico inglés dice con visos de fundamento, cuando el príncipe de Gales visita á los señores legitimistas de Francia, y come á su mesa, y duerme bajo su techo, y caza en sus bosques, y baila en sus saraos, que tales visitas no tienen significacion política alguna, representando el hijo de la Reina ménos en los Consejos de los gobiernos británicos que el último de los electores de Cardiff, ó de Liverpool. Pero no se obtiene esta inviolabilidad sino á costa de abstenerse absolutamente, como un Dios sin voluntad y sin providencia en las crisis y en las cuestiones políticas. Un Emperador que da tremendo golpe de Estado, que deporta á los legítimos representantes del pueblo, que fusila á los defensores de las leyes, que se arroga dictadura gigantesca, que declara la guerra y concierta la paz por inspiraciones exclusivas de su conciencia ó por arbitrariedades de su capricho, que desdeña hasta el